

VAMOS A FONDO

34

OCTUBRE 2026



La bondad

Francesc Torralba



ACCIÓN CATÓLICA OBRERA

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN: LA BONDAD EXISTE.....	3
II ELEMENTOS INTEGRANTES DE LA BONDAD	6
1. LA DONACIÓN	7
2. LA GRATUIDAD	11
3. LA SOLIDARIDAD	17
4. LA ACOGIDA	19
5. LA RECONCILIACIÓN	25
6. LA DISCRECIÓN	29
7. EL OLVIDO DE UNO MISMO	33
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	35

I. INTRODUCCIÓN: LA BONDAD EXISTE

Escribe la filósofa húngara, Agnes Heller (Budapest, 1929): “Las personas buenas existen. Las normas y las virtudes cambian, pero el criterio de buena moralidad siempre es el mismo. En contraste con el mal, la bondad puede ser definida mediante una fórmula general. Una persona es buena si prefiere sufrir la injusticia antes que cometerla. Cualquiera que ponga en práctica esta definición formal es bueno”.

Es bueno que nos lo repitamos: *las personas buenas existen*. Con demasiada frecuencia, el cúmulo de noticias que nos llegan son tan negativas que pensamos, en nuestro interior, que todo está corrompido y, sin embargo, es bueno que nos convenzamos de que las personas buenas existen.

Muy habitualmente, los buenos ciudadanos no son conocidos; hacen su trabajo con corrección, cumplen con los deberes cívicos e, incluso, se implican generosamente en causas perdidas dando su tiempo y talento, pero nadie los conoce. El mal vende; el bien es discreto, pero es lo que salva al mundo de la barbarie.

Dice Agnes Heller en el último párrafo de su *Ética*: “Y sin embargo, todavía hay buenas personas, es decir, personas honestas. Hay personas que *llevan* la promesa del mejor mundo moral posible. A pesar de todo, hay personas que son *buenas* de una manera y en un grado en el que *todo el mundo* puede serlo. Y, me permito añadir, esta gente es buena de una manera y en un grado en el cual todo el mundo *debería* serlo”.

La bondad nunca es una casualidad. Tampoco es un rasgo que vaya ligado a los genes. Es un modo de estar en el mundo, un modo de pensar y obrar. Es la intención lo que define la bondad, pero no sólo la intención, también los actos. La buena intención no siempre va acompañada del buen acto. La buena intención es la intención pura, liberada del ego. El acto bueno es el que genera un bien al otro.

Sobre lo esencial de la bondad es preferible guardar silencio, pero todos somos capaces de vislumbrar los indicios de la bondad, sus manifestaciones en la vida cotidiana. Es bueno el hombre que se da a los demás, que practica

desinteresadamente su amor, quien prefiere sufrir injusticia que causarla, quien está dispuesto a servir y a perdonar, quien se olvida de sí mismo por una causa mayor que su propio yo, quien acoge a todo el mundo y responde pacíficamente a las ofensas. La bondad no pertenece a ninguna tradición cultural, ni a credo religioso alguno.

La bondad no ocupa titulares en los periódicos, extrañamente es objeto de atención mediática. Es sabido que el mal, en sus diferentes formas, tiene más audiencia que el bien, especialmente cuando se presenta de forma escabrosa y sensacionalista, sin una brizna de pudor. La audiencia tiene sed de carnaza y de monstruos morales. Cuantas más portadas ocupan, más sube la audiencia.

La bondad atrae cuando está teñida de épica, cuando un ciudadano se ha jugado la vida por otro, cuando un héroe anónimo ha rescatado a alguien bajo las ruedas, pero la bondad de cada día, la bondad discreta, la que se teje en los entornos familiares, vecinales, la solidaridad cotidiana es casi invisible mediáticamente y, sin embargo, es la fuerza que sostiene a la sociedad viva, que mantiene vivo el nexo entre los individuos, es el bálsamo en momentos de crisis y desfallecimiento colectivo.

La bondad no es una utopía, ni un sueño, tampoco es una expresión de la estupidez humana o de la ingenuidad. Se establece en el imaginario colectivo una contraposición de ideas muy peligrosa: se entiende que si una persona es buena, no puede ser inteligente y, al revés, que si es inteligente no puede ser buena. Parece que es inteligente el que mira preferentemente por sus intereses, el que calcula, programa y planifica para salirse con la suya, la herramienta que permite alcanzar los propios beneficios o los del propio grupo, pero a quien es capaz de darse gratuitamente, de ponerse al servicio de causas nobles, de dar tiempo y dinero a los marginados, a quien cede y se pone en la cola, no se le atribuye la virtud de la inteligencia.

Esta asociación es muy grave, porque la inteligencia humana, puesta al servicio de causas nobles, es lo única que puede hacer posible la revolución ética. Sin inteligencia no hay futuro, pero *sólo* con inteligencia tampoco. Es necesaria una inteligencia abierta al don, al altruismo, que sea capaz de integrar a los demás en los propios proyectos.

Las mejores intenciones si no van acompañadas y sostenidas por la inteligencia se quedan en buenas intenciones, no terminan de convertirse en acciones transformadoras. Así pues, la inteligencia al servicio de la bondad es el principal factor de cambio, la fuerza motriz de la renovación del mundo.

Vivimos en un mundo en el que existe una gran crisis de referentes de bondad. El telón de suspicacia que lo cubre todo no deja rendijas, de tal modo que cualquier indicio de bondad, de gratuidad, de generosidad, de donación libre y amorosa es objeto de cuestionamiento. Como consecuencia tendemos siempre a buscar las razones, los cálculos, el juego sucio que se esconde detrás. La derrota del modelo es el gran pretexto para la desgana, para la pereza y, finalmente, conduce a la parálisis. Si no hay referentes de bondad, si todo lo que parecía oro es chatarra, ¿por qué intentar ser bueno?

La amabilidad está bajo sospecha. No es casualidad. Referentes de bondad en los ámbitos deportivo, empresarial, social o cultural han caído en desgracia, y se les ha imputado e incluso condenado por corrupción, tráfico de influencias, engaño, extorsión y todo tipo de delitos. Muchos ídolos han caído en desgracia de tal manera que, cuando surge alguien del cuerpo social que se convierte en un modelo de bondad, debido a su coherencia, responsabilidad y gratuidad, se instala en él una sospecha y una desconfianza, pues se teme que esa estrella emergente, supuestamente virgen, también esconda trapos sucios.

Si hacemos una composición de la realidad basándonos en las noticias que leemos, escuchamos o vemos a diario a través de los medios de comunicación, podemos llegar a la conclusión de que la amabilidad es residual o, simplemente, un evento esporádico que ocurre por casualidad.

Sin embargo, el propósito de los medios de comunicación no es hacer una composición de la realidad, sino presentarnos lo más impactante de ella, lo más novedoso que sucede, lo que tiene efectos en el conjunto, simplemente, lo que es noticia. Y la bondad no es noticia, pero hay mucha bondad en la vida social. En resumen, la bondad no es un mito ni una construcción romántica. Es posible, real, está al alcance de los seres humanos. Sin embargo, lo más difícil es caracterizarla conceptualmente. La definición de bondad siempre es pobre y excluyente; no incluye la diversidad de matices y formas que puede adquirir, pero la bondad no es una cuestión puramente subjetiva ni una sensación relativa.

II. ELEMENTOS INTEGRANTES DE LA BONDAD

Tal y como la concibo, la bondad integra siete elementos: la donación, la gratuidad, la solidaridad, la acogida, la reconciliación, la discreción y el olvido de uno mismo.

1. La donación

La donación es parte consustancial de la bondad. Es propio de las personas buenas dar tiempo y bienes a los demás, ya sean de carácter material o inmaterial. La donación a fondo perdido, la donación sin acritud, libre y generosa es una característica universal de la bondad.

La ética que deriva del cristianismo se puede llamar una ética del don. El don es lo recibido inmerecidamente, lo que nos ha sido dado, regalado sin haber hecho ningún esfuerzo por merecerlo. La ética del don incluye una serie de actitudes: el reconocimiento, la admiración, la gratitud, el cuidado y el cultivo.

Frente al don, la primera actitud, es el *reconocimiento*. El reconocimiento es más penetrante que el conocimiento. Conocer una realidad no es todavía reconocerla, porque al reconocerla se le da dignidad y valor. Conocer a un ser humano es poder explicar cuál es su personalidad, pero reconocerlo es tratarlo como un sujeto de derechos.

Reconocer los dones recibidos, tanto personales como impersonales, tanto propios como ajenos, exige un trabajo de análisis y de introspección. Al nacer, no conocemos los propios dones, pero a medida que exploramos nuestras posibilidades, nos damos cuenta de que tenemos unas destrezas y habilidades connaturales que van ligadas a nuestro ser y que no hemos hecho méritos para tenerlas. Descubrimos que los demás tienen unas capacidades diferentes, en algunos casos superiores y esto nos permite reconocer los dones del otro.

No se puede dar por sentado que las cosas que están necesariamente deberían estar ahí. Podría no haber nada, podría no existir lo que existe. Solo es posible reconocer el don, si uno toma conciencia de los seres que le rodean, del paisaje que lo acoge, de su misma vida que late dentro de su ser.

El nacimiento de un ser humano es, en este sentido, un evento único. Alguien comienza a latir y en él hay unos dones que solo posee él y nadie más. Al nacimiento de todo ser humano siempre va asociada la experiencia de la sorpresa, porque el hijo no es la prolongación de los genes de sus padres,

sino una naturaleza distinta, diferente, con capacidades propias. Reconocer el don consiste en darse cuenta de que la belleza material que me rodea ya estaba antes de que yo naciera y que no la he puesto yo, sino que, sencillamente, me la he encontrado.

La segunda actitud frente al don es la *admiración*. Consiste en maravillarse de que las cosas sean y de la forma que tienen. La admiración no sólo es una actitud volcada hacia los seres inanimados, las montañas, las playas, los desiertos, sino también hacia las personas y hacia uno mismo. La admiración es la actitud básica que propicia la experiencia filosófica, porque estimula el pensamiento.

Al admirarse de cómo son los seres, de que los seres sean, uno se pregunta por qué son como son, o más directamente, por qué están, pudiendo no estar allí. Este trabajo de interrogación abre las puertas al pensamiento causal, al raciocinio, en busca de explicaciones hasta llegar a una causa originaria, a un Fundamento. La admiración es la matriz de la filosofía, pero también la raíz de la experiencia espiritual. Esta vivencia excita el pensamiento, pero también suscita otra actitud que no es incompatible con el pensamiento: la gratitud por lo que existe.

La tercera actitud hacia el don es la *gratitud*. Al darse cuenta de lo que hay y de lo bello que es, se experimenta la necesidad de agradecerlo a Alguien, de mostrarle la gratitud por todo lo regalado.

La cuarta actitud hacia el don recibido es el *cuidado*, la estima y la protección de lo que se nos ha dado. La naturaleza no nos pertenece, ni nos pertenecen los mares, los desiertos o los océanos. Es necesario dejar la casa como se ha encontrado, pero, si es posible, mejor de cómo se ha encontrado. La casa (el mundo) no es patrimonio del ser humano, ni una parcela que posee como una propiedad privada para explotar y consumir. Es un don que se le ha ofrecido, para que él lo cuide, como el jardinero cuida del jardín que se le confía, aunque no sea de su propiedad.

Se impone el deber de velarlo, de protegerlo para que otros seres, quienes vivan después de nosotros, las generaciones futuras, puedan también contemplarlo, disfrutarlo y admirarlo.

Finalmente, la ética del don exige también otra actitud, el *cultivo* del propio don recibido, la exigencia de trabajar los talentos recibidos para decirlo con la misma expresión del *Evangelio*. Cada uno ha recibido unos dones tangibles o intangibles, visibles o invisibles y será examinado por cómo ha cultivado estos dones.

En la persona madura, el don se convierte en labor. Ser pasivo ante el don es derrocharlo, perderlo para siempre, mientras que ser activo es cultivarlo, para que ese don llegue al máximo grado de esplendor. El don cultivado da frutos, acaba siendo fecundo y esta fecundidad llena a la persona de gozo. Es un gozo que no puede identificarse con ningún placer sensible, tampoco con el divertimento o el bienestar emocional. Es el gozo de haber hecho bien las cosas, de haber dado lo que podía darse, del trabajo realizado, el gozo de la cosecha.

Somos don y estamos llamados a dar lo que somos a los demás. Ser es darse. Crecer es darse. Cuanto más me doy, más soy. Ésta es la paradoja inherente a la lógica del don. Uno podría pensar que cuanto más doy lo que soy, menos tengo, que el pozo se seca, que el depósito se vacía, pero ocurre todo lo contrario. Cuanto más doy mis talentos a los demás, más capacidad tengo para hacerlo y más habilidad tengo en lo que hago. La donación no seca la Fuente; la dinamiza para dar aún más.

El último capítulo de la ética del don es la donación gratuita de lo que soy a los demás. Es la autodonación, una donación sin cálculo, que no busca beneficio, que no espera nada, que no compara, ni busca respuesta, ni cuenta, una donación que en el mismo acto de dar experimenta su plenitud.

Esta generosa donación, que supera la servidumbre del retorno, el suplicio de la comparación, que pasa de lo que el receptor haga o deje de hacer, es la forma de donación que queda reflejada en las parábolas y en las enseñanzas de Jesús de Nazaret.

La Fuente interior nos llama a darnos generosamente, pero el ego busca la recompensa, la reciprocidad, el retorno y, por eso, frena ese dinamismo del don que sale de las entrañas. Vivir conforme al Maestro interior es dejar que ese don que soy se exprese libremente, sin impedimentos, ni esperas.

Cuando el yo se da, crece, aumenta de proporciones. Cuando el yo se da sin cálculo y no busca nada, como el pájaro del *Evangelio*, como la flor, está en armonía con el Maestro interior, que es la misma Fuerza cósmica que mueve a todo el universo.

Sólo queda de nosotros lo que damos. Lo que escondemos y cerramos en el propio ser, lo que no damos generosamente a los demás para guardarlo mezquinamente en el fondo de la conciencia se pierde para siempre. Todo lo que no hemos dado, por no perderlo, queda dentro y se pudre. La donación es lo único que nos salva de la sensación de esterilidad que tendremos al examinar retrospectivamente nuestra vida, la sensación de haber vivido para nada.

La autodonación no es la muerte del yo, sino el yo que se entrega, conscientemente, a los demás, que da libremente sus talentos escondidos para hacer más bello el mundo. Los entrega para continuar el trabajo de la creación, para dejar un mundo mejor a quienes después van a coger la antorcha. El ser humano no es sólo un sujeto pasivo en la creación, sino un ser activo, cocreador, llamado a completar, realizar, embellecer con su presencia y su trabajo el universo dado. La libertad a la que podemos aspirar siempre se construye sobre unos dones recibidos que hay que aceptar y cultivar. Ser libre es tener la audacia de entregarlos sin esperar nada, a fondo perdido.

Sólo la autodonación salva del vacío. El vacío no se cura con cosas, con el desaforado consumo de objetos, o con el poder ejercido o la explotación de los demás. Sólo quien se da, se salva del vacío, porque al darse, llena de sentido su vida.

La bondad es la práctica de la donación. Consiste en dar al otro lo que necesita, en darle sin ajustar cuentas, sin reprocharle nada, en dar sin esperar ningún retorno.

El punto cumbre de la bondad es la autodonación. Consiste en darse al otro, en renunciar a uno mismo para que el otro se convierta en lo que está llamado a ser. Cuando esta renuncia tiene un poso de amargura y resentimiento, de reproche y acusación, la bondad se difumina, porque la bondad nace de un alma grande y no de un alma mezquina, de un corazón que no cuenta, ni calcula, que no está pendiente de los resultados, ni de la respuesta del otro.

2. La gratuidad

El segundo elemento que configura la bondad es la gratuidad. La bondad es gratuidad, no calcula, ni espera. Es la donación sin esperar reciprocidad. Es buena la persona que da sin esperar, que da porque el propio don tiene sentido, es valioso y necesario. No se pregunta por lo que ha recibido del otro, tampoco lo que no ha recibido; sencillamente da gratuitamente lo que tiene, lo que es, lo que piensa, lo que cree, para que el otro pueda crecer y prosperar.

Gratuito es lo que no buscamos ni perseguimos, lo que no esperamos, que está fuera de los cálculos racionales y que nadie prevé que va a pasar, hasta que, finalmente, acontece. Es lo inesperado, lo que ocurre contra pronóstico, que irrumpe en la propia vida y le da la vuelta de lleno. Es lo que no hemos planificado, ni hemos buscado obstinadamente.

Afortunadamente, la vida no es un esquema calculado ni diseñado a priori, tampoco es la mecánica ejecución de hechos previamente anticipados; sino un itinerario de incertidumbres. Lo inesperado irrumpe y desea ser hospedado. A veces, tiene un rostro bello, otras veces es amargo como la hiel. Vivir es, también, afrontar ese inesperado que irrumpe, que adviene, sin haberle invitado. A pesar de la voluntad de controlar el pasado y el porvenir, la vida no es un algoritmo, ni un proceso preestablecido.

Muy a menudo, lo inesperado es lo que verdaderamente cuenta y hace mella, lo que cambia la profesión, la vida afectiva, el modo de pensar. La historia muestra que no podemos anticipar, con certeza, lo que acabaremos pensando o creyendo en el futuro, porque lo inesperado puede hacer acto de presencia en cualquier momento y darle la vuelta a los planteamientos largamente madurados.

Es gratuito lo inesperado. Lo inesperado es lo que adviene sin permiso, sin anticipación, sin carta de presentación y que colapsa la mente y el corazón. La espera es lo que probablemente ocurrirá. La esperanza se refiere a un objeto que trasciende el cálculo de expectativas. Esperamos que el trabajo dé fruto; tenemos esperanza de que habrá paz en el futuro. Lo inesperado es un huésped inquietante que llega sin ser invitado, entra en casa y desordena todo aquel pequeño cosmos que con tanto esfuerzo rehacemos cada día al levantarnos.

Tenemos expectativas que esperamos que se hagan realidad y esperamos que algunos de los propósitos que, con tanto esfuerzo perseguimos, se realicen plenamente, pero también vivimos de lo inesperado, de lo que irrumpe sin imaginar que pudiera ocurrir. Hay que saber acoger, también, lo inesperado y aprender su mensaje; intentar detectar qué podemos aprender de lo ocurrido.

Cuando esto ocurre, se desordena la vida, los planes hacen aguas y todo lo que era sólido se hace líquido, inconsistente. Lo inesperado es gratuito, forma parte del azar, porque no lo hemos buscado, ni es fruto de la voluntad.

Lo inesperado se dice de muchas formas. Adopta fisonomías muy distintas. Puede tener el rostro de la Belleza, pero también de la fealdad. Puede ser una buena nueva, pero también una mala noticia. Puede ser una ocasión para unirse con los demás, pero también para tomar distancias. Lo inesperado puede ser lo más agradable que jamás se haya vivido, pero también el choque más duro que jamás se haya previsto. Lo inesperado llega y cuando llega lo hace sin permiso.

Hay todavía una segunda forma de entender la gratuidad. Es gratuito lo que no responde al interés, lo que se hace desinteresadamente, sin segundas intenciones, sin esperar algún resultado a cambio. Según esta acepción, la gratuidad es dar algo sin esperar a compensación. Es gratuito lo que se da sin esfuerzo, lo que no debe pagarse para adquirirlo.

La gratuidad es el verdadero fruto de la libertad, la obra de un ser que se ha liberado de la jaula del *ego* y se da sin guardarse nada para sí mismo. Consiste en actuar movido por el propio deber, sin esperar nada a cambio, buscando tan sólo el bien del otro y su plena realización. Es el don puro, el don que se da y se libera del retorno. Es el don que nada espera, que experimenta el máximo grado de felicidad en el puro acto de dar.

Siempre existe la duda instalada de si es posible actuar de esta manera. Muchos pensadores niegan la acción gratuita, la pureza de intenciones y ven tras esa supuesta acción desinteresada algún interés oculto, escondido, de carácter egocéntrico. La Rouchefoucauld, por ejemplo, pone el dedo en la llaga al preguntar si bajo las acciones aparentemente desinteresadas se esconden siempre intereses ocultos.

La pregunta no queda respondida, pero introduce una inquietud que es difícil disipar. Siempre hay espacio para la pregunta. Incluso el que da su vida por los demás, puede entender que este sacrificio es el único modo de ganarse la vida eterna. El interés por la salvación eterna ha motivado grandes acciones supuestamente altruistas.

La sospecha permanece como sospecha, pero no es fácil salir de ella porque no podemos hacer juicios de intenciones. La intención queda escondida. Incluso en caso de que el otro la haga pública, siempre queda la duda si es veraz cuando dice lo que dice o es un farsante. La intención profunda, aquella que brota, como una fuente del corazón, nadie la conoce desde fuera. Muy a menudo, ni el propio protagonista de la acción sabe cuál es la verdadera intención de ese acto. Hay secretas maquinarias en el inconsciente personal que uno mismo es incapaz de discernir si no se presta a un intenso y prolongado trabajo de autoconocimiento, de meticuloso autoanálisis.

Si la gratuidad es imposible, el amor verdadero, aquél que lo da todo sin esperar nada, que se entrega a fondo perdido y no calcula nada, es una quimera, un invento de los poetas, de los místicos y de los santos. El cínico entiende el mundo como una red de intereses y luchas particulares. Todos sus movimientos obedecen a la lógica del cálculo, del rendimiento, del juego político de intereses y de compensaciones. No se permite, ni siquiera, el beneficio de la duda. Proyecta en el mundo su propio modo de ver la vida y su mirada le hace incapaz para descubrir y vislumbrar los rayos de luz que penetran en el bosque, las chispas de ternura y de verdadera gratuidad que resplandecen.

El telón de sospecha no puede convertirse en materia dogmática. Nadie puede juzgar las intenciones del otro. Muy a menudo creemos que el otro es incapaz de realizar actos gratuitos, de darse generosamente, pero esta creencia es una proyección. El hecho de que, en ocasiones, nos resulte difícil actuar gratuitamente, no significa que la gratuidad sea metafísicamente imposible. Es una posibilidad humana, que nos eleva por encima del conjunto del instinto de posesión; es la que nos hace más verdaderamente libres y liberados de todo lo que estrangula y enajena.

Sin embargo, en este punto hay que hacer ver que la misma naturaleza nos muestra esta gratuidad. Siempre se destaca la dimensión darwiniana

de la lucha por las especies, pero no se subraya lo suficiente que la propia naturaleza practica la gratuidad inconscientemente, sin darse cuenta, sin haberlo decidido. Las plantas dan su fruto, los ríos nos regalan su agua, las montañas muestran su esplendor. Existe en cada una de estas entidades una revelación de su ser, una exteriorización de sus potencias. Se dan sin tacañería, pero también sin haberlo escogido.

Somos conscientes de que si la gratuidad desapareciera totalmente del mundo, si todas nuestras acciones, intervenciones y movimientos obedecieran, únicamente, a la lógica del interés personal, la conquista obsesiva por el propio beneficio, sería bien amarga la tarea de vivir. La gratuidad hace gratificante su existencia. En sentido estricto, no tendría sentido ni la procreación, ni la crianza de los hijos, porque, sin negar que en estos actos puedan subsistir rastros del *ego*, son expresiones de la gratuidad humana. A través de la procreación se da vida a otro ser, se le confiere la posibilidad de disfrutar del mundo, de gozar de la existencia, de tomar conciencia de su yo y de sentirse único bajo la cúpula celestial. Alguien que no estaba y que nunca hubiera estado, si no hubiéramos tomado la decisión de procrear, emerge en la existencia, pasa una temporada en el mundo y después muere. Esta vida, más larga o más corta, es, en cualquier caso, un don.

Parto de un supuesto discutible, pero la experiencia cotidiana me confirma que la gratuidad es algo mucho más habitual que lo que acostumbramos a reconocer. Es cierto que es un tipo de conducta muy invisible en los medios de comunicación de masas. Raramente es noticia y, sin embargo, la vida cotidiana está llena de actos de gratuidad, de generosidad expresada en detalles aparentemente insignificantes.

La vida social está llena de ejemplos anónimos, de personas que generosamente dan su tiempo, sus talentos, sus recursos a los demás. Y lo dan a fondo perdido, sin esperar nada, sin ser reconocidos, sin ser fotografiados. Esta práctica silente de la gratuidad que se produce en el mundo del voluntariado es un capital ético de nuestra sociedad, fuente de sentido y orgullo para todos.

Escribe Angelus Silesius: “La rosa es sin porqué, florece porque florece”. No hay un *porqué* utilitarista que pueda explicar la existencia de la rosa. Se nos

presenta como un don, como algo gratuito y amoroso. El acto de florecer es su esencia, su naturaleza. Está hecha para abrirse hacia el exterior, para ofrecer al mundo su belleza y lo hace de forma inconsciente, sin haberlo decidido, sin haberlo pensado; simplemente obedeciendo la ley natural que lleva inscrita en su ser, el aliento de vida que le anima desde su profundidad.

Vivir la gratuidad es hacer como la rosa, darse a sí mismo sin tener que justificarse. Es ser y dejar ser, darse y aceptar el generoso don de los demás. La rosa se da totalmente a las cosas, sin preguntar por qué. Lo ama todo. Es benevolencia. Es la expresión del amor intransitivo, sin voluntad de dominio, de posesión o cálculo de interés.

3. La solidaridad

La palabra *solidaridad* es muy rica en significados, aunque, a menudo, sólo captamos la idea más superficial. Va ligada a conceptos como cooperación, ayuda mutua y sólida vinculación con los demás. No es la ayuda puntual, ni la caridad mal entendida. Es una experiencia de unidad, es el sentimiento de estar unido a los demás por un vínculo invisible.

La solidaridad no es el amor en sentido estricto. Tampoco es la amistad. En la primera forma de relación, la pasión es esencial. En la segunda, es necesaria la práctica de la confianza y de la mutua benevolencia. Tampoco es la simpatía, porque la simpatía es una especie de afinidad anímica, un sentirse agradablemente cercano al otro, sin haberlo buscado, sin esperarlo; es como estar unido al otro por su forma de ser, por su carácter.

La solidaridad exige pasión, voluntad, razón e imaginación, pero esa pasión que exige no es la del amante que se centra en una sola persona y para la que estaría dispuesto a darle todo, a dejarse matar si conviniera.

La pasión que nutre y alimenta el impulso solidario no tiene un referente concreto, no se proyecta hacia un tú de carne y hueso, previamente definido. Se vuelca hacia los demás y no tiene preferencias, ni hace discriminaciones de orden alguno. También recibe el nombre de altruismo, porque su centro de gravedad es el otro, pero no otro concreto, sino cualquier otro que necesita ayuda. La solidaridad, por tanto, se concreta en un proyecto, en una iniciativa, que directa e indirectamente hará bien a un colectivo de personas.

Solos no salimos adelante. Necesitamos cooperar, establecer puentes y nexos. Esto vale tanto para la pequeña estructura familiar como para las grandes organizaciones que buscan un sitio en el mercado. Si los miembros que participan no colaboran entre sí, no podrán vencer a la competencia. Deberán aliarse y buscar soluciones compartidas. La búsqueda insolidaria y aislada del éxito personal hará brillar momentáneamente a alguien, pero, al fin, si la tendencia se multiplica, se hundirá la organización.

La antítesis de la solidaridad es la indiferencia. La indiferencia consiste en cerrar el corazón para no tomar a los demás en consideración. Es la actitud

de quien cierra los ojos para no ver lo que le rodea o se evade para no ser tocado por los problemas de los demás. Como consecuencia de esta actitud, emerge un ciudadano atento únicamente a lo suyo y a los suyos, indiferente al grito de dolor de la humanidad. Cuando le llega una imagen de dolor, siente mala conciencia y debe purgarla con una pequeña contribución económica.

Es fundamental reivindicar la verdadera solidaridad que puede definirse como la firme y perseverante determinación de empeñarse por el bien común, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos.

La verdadera solidaridad no busca los focos televisivos, ni está pendiente de las audiencias, ni de la imagen o la reputación. Brota del corazón y de la experiencia de la honda unidad con todos los seres. Ser solidario es, en definitiva, estar dispuesto a ser herido por los demás, a llorar con los demás, a acompañar a los demás en el naufragio, si procede.

4. La acogida

La acogida es inherente a la bondad. La bondad es hospitalidad, atención, recepción, consiste en recibir al huésped para ofrecerle los bienes que necesita para seguir su itinerario. La acogida es un ejercicio que va más allá de la tolerancia, porque consiste en recibir al otro en la propia casa, ofrecerle un espacio y un tiempo, darle lo que necesita para continuar su viaje. Hay personas que acogen, que ofrecen su hogar para que otros puedan crecer y desarrollarse. La bondad siempre hace crecer. Sin embargo, la acogida no es fácil, porque presupone conocimiento del huésped y respeto a su modo de ser, lo que se adquiere con el tiempo y el trato.

La hospitalidad consiste en acoger al otro extraño y vulnerable en mi casa. No hay hospitalidad sin acogida, aunque la acogida se pueda realizar de formas muy diferentes; ésta admite una pluralidad de formas.

En el lenguaje cotidiano, decimos que alguien es hospitalario cuando ejerce la capacidad de acoger a otro ser humano en el círculo más íntimo, en el círculo de la privacidad. La auténtica hospitalidad se basa en el reconocimiento de la dignidad del otro.

La situación del otro huésped debería hacernos pensar en los orígenes y razones últimas de su situación vulnerable y en el grado de responsabilidad que tenemos los anfitriones en esta situación. La vulnerabilidad del otro puede adoptar formas muy variadas, tiene varios orígenes, pero no podemos descartar la parte que nos corresponde de responsabilidad, directa o indirecta, en la generación de esa vulnerabilidad.

La hospitalidad alcanza los niveles más altos de perfección cuando coinciden la recta intención y el modo recto. La recta intención es la que se basa en la dignidad del otro y el modo recto es el que se ejerce de forma equitativa sin caer en ningún tipo de clasismo o elitismo. La acogida debe ser por definición universal, aunque evidentemente no siempre es posible. La casa de acogida es vulnerable y es necesario preservar un cierto orden para que pueda cumplir la función de acogida que tiene encomendada.

La acogida requiere el respeto a la dignidad del otro pero también el reconocimiento empático de sus necesidades. El otro, antes de ser acogido, aparece en el horizonte como *in-firmus*, como alguien vulnerable que necesita protección. La acogida se practica entre sujetos que no están situados de forma simétrica en el espacio y el tiempo. No se trata, pues, de una relación de equidad entre dos personas que sufren una experiencia igual, sino todo lo contrario.

La acogida se da en un terreno asimétrico. El huésped tiene necesidades y el anfitrión le acoge en casa para paliar, en la medida de lo posible, estas carencias. Sin embargo, el anfitrión, en tanto que ser humano, también sufre necesidades, pero él dispone de un hogar, de un ámbito de protección (también vulnerable) que se dispone a ofrecer al otro.

Podríamos definir la acogida como preludio de la escucha. La buena acogida se manifiesta en el clima y en las actitudes que se crean entre las personas. Es una característica que pertenece a las cualidades personales, y sin lugar a dudas es una perfección. Cuando acogemos a alguien, damos hospitalidad a sus vivencias.

No se trata sólo de hacer un espacio en la casa, de dar cobijo y alimentación, sino de acoger sus vivencias, porque la identidad personal no puede separarse del conjunto de las vivencias, y si acogemos al sujeto físico pero no al mundo de sus vivencias, no se produce una auténtica acogida.

La acogida es una actitud que facilita los encuentros, una cualidad que podemos conquistar mediante un camino paulatino de crecimiento humano. Consiste en una forma de ser, establecer relaciones, construir puentes. Nace de una experiencia positiva de nosotros mismos, vivida como don y como conquista del propio camino. Consiste en abrirse a los demás y en conocer la renuncia personal.

El huésped es un reto porque presenta, con sus palabras, un nuevo mundo, pero, en tanto que ser humano, es susceptible también de ser amado. Entre el huésped y el anfitrión nace un vínculo de cariño como consecuencia de la hospitalidad, un vínculo que hace que el anfitrión sea mucho más vulnerable y dependiente de lo que ya era. Comunicación de afectos, intercambio de

sentimientos, trasvase de experiencias e ideas, encuentro de sensibilidades diferentes: todo esto ocurre en la práctica de la hospitalidad.

La apertura hacia el otro extraño no sólo representa un cambio significativo en las estructuras mentales, sino también en las estructuras emotivas del ser humano. El amor nos hace más vulnerables y por eso tenemos miedo de amar, ya que en la medida en que amamos somos mucho más heterónomos de lo que quisiéramos. El anfitrión, mediante la práctica de la hospitalidad, se vincula afectivamente al huésped, establece una relación de cordialidad que puede perjudicar seriamente al corazón.

La acogida del otro no es un encuentro neutro, sino un encuentro en una circunstancia muy particular, en un contexto íntimo: el contexto de la casa.

El concepto de misterio se relaciona etimológicamente con la idea de lo que se esconde. Lo misterioso es lo escondido, lo que no se revela exteriormente, lo que permanece escondido después de las apariencias. En la realidad humana se puede detectar una dimensión exterior o fenoménica y una dimensión interior o numénica. El exterior se refiere a lo visible, a lo que se percibe a través de los sentidos. Del otro comprendemos lo que vemos a través de los sentidos, pero el otro trasciende esta imagen mental que nos construimos a través de los datos de la sensibilidad.

La hospitalidad es, sobre todo, un movimiento de tipo visible donde existe un desplazamiento de cuerpos, pero también un cierto movimiento invisible. El anfitrión sale al encuentro del huésped, se mueve hacia él para hacerle sitio en su casa, y el huésped se desplaza hacia el interior de la casa. En la hospitalidad, el movimiento físico es el más irrelevante, puesto que el verdadero movimiento es de tipo invisible. El anfitrión sale de sí mismo, del círculo de su ego, para buscar al otro, para hacerle un hueco en su mente. Más allá del espacio físico, la hospitalidad requiere un espacio mental.

La hospitalidad sólo es posible si el anfitrión deja de pensar en sí mismo y piensa en el otro. El anfitrión se mueve para paliar las necesidades del huésped y lo hace movido por la sensibilidad, el sentimiento de solidaridad con la situación. Como en el caso de la libertad, la hospitalidad es una posibilidad humana pero requiere una pedagogía para su plena efectividad.

La hospitalidad es fundamentalmente un movimiento de tipo substancial. La recepción del otro extraño en casa no altera accidentalmente la vida del anfitrión, sino que la altera de forma sustantiva. Su vida deja de ser lo que era y se transforma su personalidad. Si la práctica de la hospitalidad se desarrolla auténticamente, si el anfitrión acoge integralmente al huésped, la naturaleza muta sustantivamente.

Para poder acoger adecuadamente al otro extraño, es esencial aprender a descifrar el sentido de su presencia. El otro no se resuelve en la corporeidad, no se identifica, única y exclusivamente, con su presencia física.

El otro no es sólo su cuerpo, pero se expresa y se comunica a través del mismo. Como animal de interioridades, el ser humano no manifiesta todo lo que está en el ámbito de la exterioridad, pero a través de lo que manifiesta de sí mismo es posible adentrarse en el núcleo de su personalidad. Este recorrido de la exterioridad no está exento de barreras, pero es la única forma de acercarse al otro.

Dicho de otra forma: a partir del análisis de los gestos, de las expresiones, palabras y gritos, de todas las manifestaciones, es posible descifrar algunas dimensiones del universo de sentimientos que laten en el seno del otro. La presencia humana es, en sí misma, expresiva y revela aspectos de la personalidad que forman parte del lado oscuro de cada ser humano. Como animal de intimidades, el ser humano tiene una dimensión social pero también una dimensión privada. A través de sus manifestaciones comunica algo de su interioridad, pero siempre se produce una desproporción entre lo que manifiesta de sí y lo que en realidad es. En muchas circunstancias, ni él mismo sabe exactamente cuál es el secreto, el misterio.

Para poder practicar auténticamente la hospitalidad, el anfitrión debe superar la imagen del otro, el tópico que esconde el verdadero rostro del otro. Sólo si es capaz de deconstruir esta imagen preestablecida podrá acercarse a la alteridad del otro.

La hospitalidad consiste en acoger al sujeto extraño y vulnerable. En este sentido, es una virtud que tiene mucho que ver con la compasión, con la solidaridad hacia los más vulnerables. De ahí se desprende que la

sensibilidad social es intrínseca al valor hospitalidad, puesto que nos faculta para abrirnos a los sujetos más necesitados de nuestro entorno.

El valor de la hospitalidad nos impulsa a acoger al otro vulnerable. El ser humano, dada la vulnerabilidad por desarrollarse y crecer, necesita ser acogido, necesita estructuras de acogida. Está hecho de tal naturaleza que necesita estructuras de acogida para desarrollarse, y la primera estructura de acogida es el seno materno, un espacio idóneo para desarrollarlo durante un tiempo.

5. La reconciliación

La práctica de la reconciliación es un ejercicio propio de la bondad. Es la búsqueda de la unidad, del abrazo entre hermanos, ciudadanos y colectivos históricamente enfrentados, separados por una grave herida del pasado. La bondad es el ejercicio de tender puentes, de abrir pasillos entre individuos que se han cerrado por algún motivo.

Existe el perdón fácil y el perdón difícil. Es sencillo perdonar cuando la ofensa es leve, cuando no había el más mínimo indicio de responsabilidad, cuando una conjunción azarosa de elementos propicia el mal. Muy diferente es, en cambio, perdonar cuando ha habido clara intencionalidad, cuando la ofensa es tan grave que nada vuelve a ser como antes, cuando se puede imputar responsabilidad. El perdón no es, entonces, un acto que fluya espontáneamente del corazón.

Es imposible determinar cuánto tiempo hace falta para perdonar un acto, cuánto resentimiento es capaz de resistir una persona en su interior. Como el tiempo de duelo, es imposible determinar el tiempo necesario para el ejercicio del perdón. Cada vínculo es único y diferente, y cada uno vive a su manera la ausencia de un ser querido.

Prever el tiempo que durará el duelo o el tiempo que se tarda en perdonar una traición es insensato. Hay una constelación de elementos y variables en juego que difícilmente pueden contenerse dentro de un algoritmo. El tiempo, ciertamente, juega un papel, pero a veces, cuando ha pasado demasiado tiempo, el rencor queda tan instalado en la propia interioridad, que ha anidado y no hay rendija por donde liberarlo.

También existe el perdón en falso, que se formula verbalmente, se pronuncia con los labios, pero no trasciende hacia dentro, de tal manera que la ofensa queda clavada en el pecho y aquel perdón es una pura representación escénica. Este perdón abre un campo de confusión, porque el agresor cree ser perdonado, mientras que la víctima no lo ha perdonado realmente y no se ve capacitada para volver a empezar. Más que un perdón, es un ritual de despedida; mientras que el perdón es un nuevo comienzo, un saludo.

El perdón es el medio para resarcir lo que estaba roto, pero solamente es posible si hay voluntad de arrepentimiento y, a la vez, capacidad de reconciliación. Si la petición de perdón no es correspondida con la donación de perdón, la expiación del mal no tiene lugar. Pedirlo, incluso suplicarlo, no es garantía del perdón.

El perdón es un acto a través del cual se toma el corazón roto y se repara. Se libera el corazón de la prisión del rencor y del resentimiento; se recompone el mundo interior manchado por la vergüenza y por la culpa, y vuelve a su estado inmaculado. Restaura, pues, la inocencia que conocimos en otro tiempo, una inocencia que permitía la libertad de amar.

Perdonar no es, en ningún caso, justificar comportamientos negativos propios o ajenos. No es un acto de condescendencia o de debilidad. No es cometer injusticia; es, más bien, trascender toda justicia. Tampoco es, en sentido estricto, la práctica de la justicia, porque el perdón fluye del amor y no del derecho; nace del corazón y no de la racionalidad jurídica.

El proceso de reconstrucción de tejidos depende del trabajo del perdón, pero este ejercicio es siempre dual y no puede ser ejercido de manera individual. Yo puedo suplicar el perdón, pero el otro puede no dármele. Puedo ofrecer el perdón, pero el otro puede no solicitarlo. Para que el perdón tenga lugar, hace falta un movimiento en los dos sentidos: del agresor hacia la víctima y de la víctima hacia el agresor.

El maltrato, la violencia, la agresión y la traición son prácticas inaceptables. El perdón no significa que uno apruebe o defienda la conducta del que ha causado sufrimiento, ni tampoco excluye que se tomen medidas para cambiar la situación o proteger los propios derechos. Perdonar no es hacer como si todo fuera bien; es un mecanismo de curación interior y esto solo es posible si se vence la simulación.

Libera del veneno del odio y de la opresión espiritual. Un antiguo libro de la sabiduría china dice que el odio es una forma de compromiso subjetivo que nos liga al objeto odiado. A la larga, paraliza. Vigoriza un sentimiento de peligro que genera, cada vez más, un ciclo de defensa, ataque y venganza que el ego siempre considera justificado.

El perdón ofrece una manera de salir del círculo vicioso. Emancipa de la esclavitud del temor. Enseña que bajo una conducta cruel e inhumana hay un corazón; que más allá de los actos que no tienen ni un ápice de valor redimible, hay un alma valiosa; que el ser trasciende el obrar y que la persona es más que sus actos.

En definitiva, proporciona la claridad necesaria para distinguir entre el pasado y el presente, a la vez que nos da esperanza para el futuro.

6. La discreción

La discreción consiste en actuar sin que se note, en estar presente sin tener que ocupar todo el espacio. La persona discreta no tiene necesidad de ser el centro, ha conseguido domesticar su ego y ha comprendido que la grandeza no radica en alardear, sino en ponerse al servicio de los demás.

Los discretos tienden a ser invisibles, justamente porque no se ocupan de proyectarse mediáticamente, ni de digitalizar todos y cada uno de sus movimientos. Hacen el trabajo sin hacer ruido y lo hacen con eficiencia. Son de fiar. Cuando les revelas un secreto, sabes que lo guardarán en su corazón y eso es de agradecer. Los discretos no aspiran a ser protagonistas, no desean ser el centro de las conversaciones ni de las habladurías. Les gusta habitar en los márgenes, en las afueras, pero no por pusilanimidad, sino por dignidad.

La discreción consiste en callar cuando hay que callar, pero no debe confundirse con la cobardía o el miedo. Ser discreto es una decisión, un acto de la voluntad que se relaciona con la madurez de la vida, con el sentimiento de irrelevancia cósmica.

La bondad es discreta, humilde, no ocupa portadas de periódico ni hace aspavientos por las redes sociales. Es invisible digitalmente, pero existe. Es tan discreta que uno podría llegar a creer que es inexistente, un puro sueño, una imaginación pueril.

La nube digital está saturada diariamente de novedades oscuras, de hechos que traspiran maldad. Si uno no es capaz de trascender la nube, de mirar más allá de las apariencias, entonces queda atrapado como una mosca en la telaraña del ruido mediático y puede llegar a creer que la bondad es una ingenuidad, el argumento de un cuento de hadas, algo extraño y ajeno a la vida de los hombres y de las mujeres.

El discurso sobre la bondad sucumbe fácilmente a la prosa azucarada, a la imagen cursi, al espíritu naíf. No es fácil adentrarse en este universo sin sucumbir a la prosa empalagosa. La maldad atrae, fascina, cautiva, despierta el morbo humano, mientras que el reino de la bondad, el territorio celestial poblado de santos y santas, de hombres y mujeres justos que se han dejado

la piel por mejorar la existencia de otros, no despierta, en ningún caso, la misma fascinación.

Y, sin embargo, la bondad está ahí y se expresa de múltiples maneras, de formas sutiles, extrañas, siempre lejos de los focos, de los taquígrafos, de las alfombras rojas y de las cámaras de televisión. Raramente es noticia. El mal y, particularmente, la maldad bajo sus diversas formas —la crueldad, la humillación, el odio, la ira, la vejación y el desprecio— es el pan de cada día, la ración de novedades que nos tragamos con los ojos antes de irnos a la cama.

Abatidos, un día más, desconectamos el aparato de la nube y nos dormimos pensando que no hay nada limpio. Cuando oímos a alguien discurrir sobre la bondad, pensamos, en nuestro fuero interior, que es un ingenuo, un iluso, que vive alejado de la realidad, que lleva una venda en los ojos.

Más allá, sin embargo, del voraz consumo de indignidades propio de la condición humana, hay un anhelo de bondad que late en el corazón humano. Todo el mundo es capaz de reconocerla cuando se expresa, independientemente del lugar y del espacio. La bondad está ahí y, como la maldad, tiene múltiples expresiones, pero en todas las culturas y tradiciones espirituales, el ser bueno participa de unas mismas constantes. Las articulaciones concretas varían según el lugar y el espacio, pero el arquetipo de bondad es muy parecido en una u otra latitud.

Cuando uno la percibe, cuando la vive en la propia piel, cuando es el receptor, se admira, se sorprende, porque se ha acostumbrado a vivir en medio de un paisaje oscuro y bajo un cielo nublado.

La bondad actúa sin hacer ruido, se muestra cuando hace falta y salva al mundo de su miseria. La lógica de la bondad tiene como centro de gravedad el don. Lo que caracteriza a un ser bueno es su capacidad de dar y de darse. Hay dones materiales e inmateriales, hay dones visibles e invisibles. No es tan relevante lo que das, sino *cómo* lo das. Si lo das a disgusto, con amargura, con arrepentimiento, la bondad se difumina. Si, en cambio, lo das con espíritu desprendido, desapegado de todo, la bondad brilla con su máximo esplendor.

La bondad no es una abstracción. Se encarna en multitud de personas y de situaciones. Es una forma de descentramiento, un movimiento que tiene como propósito hacer amable la existencia del otro, embellecerle el día, ayudarlo a convertirse en lo que está llamado a ser.

La bondad es, por definición, extática. El centro es el otro. Por eso el narcisismo es incompatible con la bondad, porque el narcisista vive en él y para él, encerrado en la cápsula hermética del ego. Es incapaz de reconocer que hay otros y, todavía menos, de darse generosamente.

La intención de la bondad es el bien del otro, su crecimiento, su bienestar, su plena realización como ser humano. En la ejecución del fin, uno puede equivocarse, ya sea por falta de destreza o por desconocimiento del territorio. La intención no garantiza, en ningún caso, la correcta elaboración. Por eso, hay que estar agradecido a la bondad, pero especialmente cuando la bondad se asocia a la inteligencia y no solamente hay intención pura, sino análisis de la ejecución, reflexión sobre la correcta articulación del don.

La bondad es gratuita. No actúa movida por un interés egocéntrico. No espera nada a cambio. No tiene ninguna expectativa. La intención de la bondad es pura y la pureza de corazón es desear, únicamente, el bien del otro. No está pendiente del juicio de los demás, tampoco le incomoda la crítica. La bondad actúa sin que se note, sin buscar el reconocimiento.

Los gestos de bondad son pequeñas chispas de luz en la oscuridad. Las palabras de bondad son linternas en la noche. La bondad se manifiesta en el estado de vigilia. Es bueno quien vela por el otro, el que vela por el otro cuando el otro no lo merece ni lo espera, porque ha perdido toda esperanza y confianza en sí mismo.

Es bueno quien no se venga, quien soporta las provocaciones sin responder violentamente, quien edifica cuando todo se ha convertido en un paisaje en ruinas; quien reconoce el mérito del otro aunque los celos le devoren por dentro.

7. El olvido de uno mismo

El olvido de uno mismo es un presupuesto fundamental para alcanzar la bondad. La bondad se opone al narcisismo, al orgullo, a la arrogancia y a la persistente autorreferencia. Es apertura, donación, salida de uno mismo para ir a buscar al otro, es renuncia a los propios deseos y bienes para favorecer al otro.

En definitiva, la práctica de la bondad se relaciona estrechamente con la búsqueda de la unidad, de la verdad, del bien y de la belleza. No es fácil distinguir en cada contexto histórico cómo potenciar la unidad, cómo acceder a la verdad, qué significa hacer el bien y mostrar la belleza, pero la persona buena aspira a dar vida a estos cuatro valores.

La persona buena vela por hacer posible la unidad. No siempre acertará con el método, por eso tendrá que actuar con inteligencia y deliberar antes de tomar la decisión, pero la unidad es el objetivo de la bondad. Hacer el bien es lo que se presupone de alguien que aspira a la bondad, pero el bien, como el mal, se dice de muchas maneras y, a veces, persiguiendo el bien, se hace un mal gravísimo.

La bondad, como se ha dicho, es la práctica activa de la benevolencia, pero esto presupone un buen conocimiento del otro, conocimiento que solamente se puede adquirir a través del trato y el tiempo.

Cuestiones para la reflexión

1. ¿Por qué nos interesan más las malas noticias que las buenas noticias?
2. ¿Cómo ser discreto en la práctica de la bondad en la sociedad del exhibicionismo?
3. ¿Qué modelos de bondad, inspirados en Jesús, ofrecemos a la sociedad actual?
4. ¿Qué resistencias tenemos en la práctica de la acogida?

Vamos a fondo ACO

Últimos títulos (en la mediateca de acoesp.org):

- 29. *Elogio de la gratitud. Una apuesta por la esperanza.*
Daniel Jover
- 30. *Perdonarse, perdonar y recibir el perdón de Dios.*
M^a Jesús Rodríguez Muñoz
- 31. *Madeleine Delbrêl: Testimonio del Evangelio encarnado en las periferias*
Roser Solé Besteiro / Tíscar Espigares
- 32. *Cómo transmitir y vivir la fe en familia.*
Isa Moreno i Blanca Aznar.
- 33. *Pablo, ¿fue antifeminista? El origen de una "fake news".*
Xavier Alegre.



ACCIÓN CATÓLICA OBRERA

 www.acoesp.org

 hola@acocat.org

 facebook.com/aco.acciocatolicaobrero

 [@ACOCat](https://twitter.com/ACOCat)